

CAPITULO II.

Aunque frecuentemente parezca al lector que me repito, procede esto de que si la materia es interesante, se hace indispensable considerarla bajo cuantos puntos de vista sea posible. Aun no puedo desviar la mirada que he tenido fija sobre las doctrinas críticas, sin detenerme un momento mas en tres puntos que, segun mi creencia, son de interes. ¿Por qué unas veces concluimos que el mundo tuvo un principio, y otras por el contrario, que es eterno? antinomia, contradiccion, conflicto de la razon consigo misma: tal es el primer punto. Descartes, San Anselmo y todos los que para probar la existencia de Dios se han valido de la idea que se tiene de ente perfectísimo como que necesariamente importa la idea de existencia; han concluido mal, porque gratuitamente han pasado del subjetivo al objetivo, de la pura forma trascendente al objeto, de la idea á la realidad: este es el segundo punto. El tercero, en fin nos lo ministra el mismo Kant en el momento de descubrirnos su miseria; ejemplo triste y que deberian tener presente aquellos que al escribir, sin por otra parte hacerse el ánimo de prostituir enteramente su inteligencia, no consagran con desinterés sus trabajos á la verdad, sino que hacen de su propio individuo el ídolo de sus adoraciones, pretendiendo títulos de la admiracion de los necios. Kant no ha podido conformarse con ser escéptico y ateo y ha dicho, si segun la razon teórica Dios es una ilusion, segun la razon práctica Dios es una realidad: contradiccion grosera enmascarada con palabras vacías y miserables.

Pues bien; como diria Kant, despues de un razonamiento mas ó ménos minucioso, concluimos que el mundo ha sido criado, que ha tenido un comenzamiento y no es eterno, por cuanto á que las séries regulares de efectos y causas segundas que en ese mismo mundo observamos, siendo como son sucesiones contínuas y constantemente condicionales; es del todo necesario que haya una primera causa, condicion precisa é indefectible de las segundas que

sin ella no existirían. Este razonamiento que hace muchos siglos está pareciendo de una solidez incontrastable y que aun al mismo Kant parece que ha alucinado, es defectuoso por mas de un motivo; pues que tomándolo como todos lo han tomado, es decir, como la *suposicion* indispensable de una causa primordial para explicarse las causas secundarias, no pasa de una simple hipótesis, y hablando el lenguaje de la escuela crítica, una hipótesis que por supuesto no es mas que una *idea* nuestra, forma puramente subjetiva, no corresponde á la intuicion y excede á toda experiencia actual y posible, porque positivamente esa causa primera ni la vemos ni la hemos visto, la suponemos, y suponer no es ver. Pero en fin, así supuesta como lo es, nuestra razon para evitar una antinomia, á veces concluye que existe la causa primera y que el mundo tiene comenzamiento.

Pero si razonando así evitamos esta antinomia, tambien es cierto que no pudiendo sin embargo evitar otras, nos vemos á nuestro turno estrechados á sacar conclusiones contrarias: véamos en qué podria el trascendentalismo fundar estas últimas. Admitiendo causas segundas, y atribuyéndoles carácter operativo, verdadera naturaleza de causas, por mas que las reputemos dependientes y finitas, es ciertísimo que tienen accion *propia* en todo el rigor de la expresion y que allí hasta donde alcanza esta accion, llega la accion de la causa primera y sin poder excederse, lo cual tanto importa como que siendo primera y por lo mismo eterna, independiente é ilimitada, está circunscrita por las causas segundas de cuya naturaleza misma sufre la ley de la limitacion. Hé aquí una causa de que el mundo no depende y hé aquí un mundo independiente y por lo mismo eterno. Además, el poder que *tenga y ejerza* la causa primera ó es infinito y deberá producir efectos infinitos, objetos perfectos, ó es finito para que solo produzca efectos como este mundo, limitados é imperfectos. En el primer caso tenemos un mundo como Dios, criado por él y que sin embargo no lo necesita, puesto que es igual y no inferior á él: en el se-

gundo tenemos un mundo finito, criado por un Dios tambien finito y de cuyo Dios sin embargo no necesita el impotente mundo, puesto que es tan impotente como él mismo. En ambos casos el resultado final es, que el mundo es independiente, que no tiene un principio criador ó causa, que no tiene comenzamiento y es eterno. Ahora, si es que Dios tiene un poder infinito pero no lo ejerce ni lo ha ejercido sino limitadamente, surgen las insolubles dificultades de que es incomprendible un poder estéril é inútil sin *ejercicio* alguno y de que aun suponiendo que así no fuera, hay algo que lo domina, alguna necesidad que lo estrecha á desarrollarse precisamente dentro de ciertos límites y de una manera que no puede ser excedida, de que en fin y por lo mismo no hay respuesta para los que nos preguntan. “¿Por qué Dios ha salido de su inaccion para crear el mundo? ¿por qué lo ha criado en tal dia, á tal hora, ni mas tarde ni mas temprano? ¿por qué lo ha colocado en esta y no en otra parte del espacio?” Cualquiera que sea la respuesta sufrirá la contradiccion del finito y del infinito, la contradiccion de las ideas que Kant hacia notar. Sucede pues, que habiendo un principio que circunscribe y norma la accion de Dios, ya Dios no es causa ó principio criador, el mundo no le debe la existencia, no tiene comenzamiento y es eterno.—En fin, si la causa no es mas que modalidad del *Sér*, es decir, el sér operando ó produciendo efectos, sucede que así como toda causa segunda ó la pluralidad de causas limita el poder operante de la causa primera, la pluralidad de sustancias limita la plenitud del sér, la sustancia universal ó realidad que todo lo llena; pues que por mas que las sustancias secundarias sean reputadas como efectos finitos, en sí mismos, tienen cuanto constituye su existencia, tienen verdadero carácter de sér, subsisten por sí y allí no mas hasta donde acaba su realidad llega la realidad de la sustancia primaria. Hé aquí de nuevo un sér primero ó sustancia primaria que no lo es, y hé aquí por tanto un mundo ó coleccion de séres ó sustancias secundarias que no lo son, y que no siéndolo son independientes y eternos.

Una vez por evitar una antinomia hemos concluido que el mundo tiene comenzamiento, y tres veces por evitar otras tantas antinomias hemos concluido todo lo contrario, es decir, que el mundo es eterno: tal es el conflicto de la razon consigo misma, y esto es lo que nos obliga á buscar el motivo de este conflicto y explicárnoslo. Y con esto ¿podrá negarse la legitimidad de los preceptos de Condillac y sus antecesores sobre la necesidad que tenemos en toda ocasion de subir al origen de las ideas y de no dejarnos extraviar por las abstracciones ontológicas? Véamos pues cuáles son estas abstracciones que ó rebajan el mérito ó del todo nulifican eso que llamamos nuestros racionios.

En primer lugar, cuando aseguramos que las causas segundas dependientes suponen una causa primera independiente; lo que hacemos es como ya dije, formular una hipótesis, en estos términos sobre poco mas ó ménos: lo dependiente no lo es sino de lo independiente, lo segundo, lo tercero y todo lo ulterior no procede sino de lo primero y que nada tiene que lo preceda. Esto independiente, esto primero, es una nocion conceptiva y hasta aquí nada hay de malo. Además, es una nocion abstracta como la blancura, lo verde, lo bueno, el órden, etc., que no siendo, como no son mas que aspectos unitarios bajo que consideramos los objetos; estos tales objetos quedan para nosotros en la categoría de vagos ó indeterminados, puesto que nuestra intuicion no los abraza en todos sus aspectos unificados ó identificados. Aquí verdaderamente es donde empieza el mal, porque si no legitimamos de algun modo y desde el principio esa nuestra conceptiva abstracta de lo *independiente*, lo *primero*; es inconcuso que cuanto fundemos sobre estos cimientos vacilantes, logrará alucinarnos y hasta asombrarnos, pero tarde ó temprano llegará la vez en que de ello desconfiemos. En efecto, si de lo independiente y primero pasamos como en consecuencia á las nociones de eternidad, inteligencia omnimoda, voluntad perfecta, poder soberano, etc., etc., atributos que solo pueden convenir á lo que sea causa primera, nos parece

que caracterizamos ésta, y hasta cierto punto nos parece bien; mas por justas y rigurosas que sean las conclusiones, tendrán siempre el defecto de que proceden de una *suposicion*, de una noción relativa no á lo que es sino á lo que *sea* causa primera, en fin de una hipótesis. Las hipótesis pueden satisfacer á la generalidad, á los talentos comunes, pero desde que se presenta un genio elevado ó aunque sea un talento profundo, corren ellas el riesgo de hallarse en lucha con las desmentidas despues de haber dominado quizá por muchos siglos. Hénos aquí, pues, víctimas del escepticismo, y nuestra infelicidad es segura, porque ó se nos ha arrancado ó á lo ménos las dudas sériamente amenazan arrancarnos el objeto mas grande, el mas digno objeto de nuestras aspiraciones, Dios.

Ahora bien; analizar, subir al origen de esa conceptiva, hé aquí la única manera de legitimarla: véamos cómo se practica este análisis. De esa multitud de séries de causas y efectos que encontramos en el mundo y lo constituyen, no hay una sola que por las objetivas conozcamos por completo: nos hacemos cargo ó somos informados de un cierto número de los objetos que relacionados las forman, y nada mas, es decir, llegan á sernos presentados algunos objetos pero no todos. De una série de plantas que vegetando y germinando se suceden como un orden de condiciones constantemente indispensables, vemos, si se quiere, algo de aquella parte que se realiza desde que por primera vez nos apareció una planta de aquella especie, ó bien la semilla correspondiente que se depositó en la tierra y de cuyo hecho con otras circunstancias resultó la planta; pero las plantas y las semillas que han precedido á esa primera aparicion á nosotros, son para nosotros objetos no vistos, y sobre esto no cabe duda alguna. Pues sin embargo, sabemos que tales objetos han existido, y lo sabemos ya históricamente, es decir, porque nos lo han referido, ó ya porque nos ocurre, porque así lo pensamos sin poder dejar de pensarlo. Por tanto aquella instruccion que nos viene así en el primero como en el segundo caso, espontánea como si dijéramos, ó no sino

á consecuencia de las relaciones de otros, es en nosotros una noción *conceptiva* en que se nos revela aquella parte de la série que no es posible nos sea revelada mediante los sensorios: tampoco sobre esto cabe duda. Ahora bien; esta conceptiva es de carácter fatal dominante: queriendo nosotros ó no queriendo se realiza en nosotros la *accion* representativa *en que consiste* y nos instruye relativamente á objetos que ni vemos ni hemos visto: por tercera vez digo que tampoco sobre esto cabe duda alguna. Pero si atendemos bien al recibir las nociones objetivas unas y conceptivas otras en que á la vez se nos revela la série de que venimos hablando, no tardamos en advertir que todos y cualquiera de los objetos que la constituyen, son *sucesivos*, se suceden los unos á los otros, en fin, no existen sino precisamente en pos de todos los anteriores y á consecuencia de ciertas modificaciones ó variaciones que en éstos se verifican. Ahora bien; ser sucesivos, es ser *contingentes* ó *condicionales*, y esto es *solo* existir en un tiempo dado y *solo* existir dada la tal condicion. Mas aparecérsenos como fatalmente condicionales, es aparecérsenos fatalmente dependiendo de una condicion.

Aparecérsenos fatalmente dependiendo de una condicion, es aparecérsenos fatalmente la *condicion*.

Esto, es aparecérsenos de un modo fatal é innegable el *ser* con que ella se *identifica* realizando todos los objetos ó seres condicionales de la série.

Y esto, en fin, es aparecérsenos de un modo tambien fatal é innegable la *Causa eficiente-ante-primera* de todos los objetos condicionales de la série, que malamente llamamos efectos y causas segundas.

Esta última expresion merece que la explanemos. Ser condicionales ó contingentes todos los objetos de la série, es ser todos ellos productos ó efectos.

Esto es no ser ninguno de ellos productores ó causas.

Hé aquí por qué digo yo que el padre no es causa del hijo, que el

hombre no es causa del hombre á quien precede y engendra, que el bruto no es causa del bruto, que la planta no es causa de la semilla ni ésta de la planta que le sucede. Además, el hombre tan inteligente como es, ¿sabe siquiera el número y colocacion de las entrañas? evidente es que no. Tambien lo es que la accion productora, ó dígase eductora, tiene que extenderse hasta las partículas elementales del físico y su naturaleza ó constitucion íntima, y ser por esto, dirigida y determinada por una ciencia omnimoda y completa, que por supuesto abarque esas partículas, esa su constitucion; y esto es solo tratándose de la parte corpórea. . . . Aunque en otra forma, este último razonamiento hace siglos que apareció en el mundo y siempre honrará á su inventor sea quien fuere. Tambien hace siglos que existe su impugnacion, reducida á la simple y ridícula asercion de que los agentes naturales, pueden obrar sin previo conocimiento, por cuanto á que están determinados á ello por su misma naturaleza, á diferencia de los agentes artificiales que no lo están y solo pueden obrar determinados por el conocimiento del objeto. El fuego quema y no lo sabe, el pintor pinta un cuadro y es necesario que lo sepa; el uno por su naturaleza es quemador y el otro por su naturaleza no es pintor; el primero es causa natural, el segundo es causa artificial. En limpio toda esta barahunda quiere decir, que las causas naturales son verdaderas causas y que por serlo son ciegas ó no saben lo que operan, ¿es creíble que haya quien se satisfaga con tales necesidades? Verdadera causa y causa ciega es una contradiccion monstruosa. Para mí tengo que ni el fuego es causa de la quemadura, ni el pintor lo es del cuadro: sí, como es cierto, el pintor es dirigido por un conocimiento previo, este conocimiento no lo produce, construye ó cria él, sino que le viene y lo recibe, y en tal caso no es activo sino puramente *pasivo*. No hay pues causas segundas: hay precesiones y consecuciones, hay sucesion, hay objetos que gradualmente existen ó se modifican unos en pos de otros y nada mas.

Por otra parte, los tales objetos de la série que nos parecen operantes ó ejerciendo accion en tanto nos parecen así, en cuanto á que en aquel acto siguen existiendo y se modifican; pero modificarse y seguir existiendo, ni mas ni ménos es *existir*. Ahora pues; si la existencia la reciben, siendo como son, séres condicionales ó contingentes, la *existencia continuada* la reciben tambien; es decir, si *solo* influyendo ú operando la Causa ante-primera es como existen, solo influyendo ú operando esa misma causa es como siguen existiendo: existir y modificarse, existir y conservarse los objetos condicionales es *un solo y mismo hecho* de diversas faces verificado ó practicado por la Causa ante-primera. Estoy pues en el caso de repetir que no hay causas segundas, que todos los objetos de las séries desde el primero hasta el último, son en todas circunstancias verdaderos efectos con apariencias de causas, muy capaces de engañar á los entendimientos poco meditados, es decir, son nada mas que séres efectuados ú operados en toda ocasion por la verdadera causa que es la ante-primera.

En limpio, el resultado final de todo lo expuesto, es, á lo ménos para mí, que la Causa es única y no hay pluralidad de causas; que la causa única *no la suponemos*, como todos han asegurado siempre de una manera errónea, sino que nos *aparece en realidad* y real y positivamente la *conocemos*; que no habiendo causas segundas, no hay de quienes la Causa primera sufra la ley de la limitacion; y en fin, que, por lo mismo, *no* podemos legítimamente concluir la independenciam y eternidad del mundo, apoyándonos en las mentidas causas segundas.

Y, pasando á otra cosa, ¿es asequible apoyar la tal conclusion en la naturaleza que se suponga al *poder* de la causa primera? Examinemos: una vez decidido el punto sobre que no hay pluralidad de causas está decidido el segundo. En efecto; ser una sola ó única la causa en cualquiera série, es ser la verdadera eductora de todos los objetos de la série.

Ser eductora de todos los objetos, es extenderse su accion aun

á los últimos elementos de todos ellos, realizando ú operando sin excepcion alguna la totalidad de su sér.

Operar todo el sér de los objetos y no solo dar formas á materias preexistentes, es operar con potencia infinita ó no limitada.

Por otra parte ser educidos los objetos de las séries, es estar reducidos del todo á ser efectos, ó existir hasta en sus últimos elementos, nada mas que en virtud de una potencia infinita, extrínseca, distinta de ellos.

Y existir de esa manera, es ser operados ó estar limitados al carácter de pasividad, inactividad ó impotencia.

Así pues, la existencia de los séres efectuados, contingentes ó condicionales, educidos ó finitos, no es un hecho distinto, sino puramente una faz del mismo y único hecho de la existencia del sér causante, absoluto ó incondicional, eductor ó criador infinito, lo cual debe pensarse bien, pues no quiere decir que sean idénticos los finitos con el infinito. En efecto, darse ó verificarse los finitos ó educidos, es darse ó verificarse la accion infinita de educir ó criar.

Y darse ó existir esta accion, es darse ó existir el sér que la impende y con quien ella se identifica, el agente-infinito-eductor.

Por tanto, en el hecho de la existencia del finito educido hay que reconocer unificado el de la accion eductora ó educion, y en éste el de la existencia del agente infinito-eductor, y en el carácter de éste y el de aquel conocidos en un mismo acto por nosotros, hay que distinguir dos entidades ó séres. De estos dos séres, el infinito jamas nos aparece dominado ó estrechado á educir al finito; pero una vez puesto ó dado este finito, siempre nos aparece indispensablemente sometido y dependiendo del infinito. Hé aquí *un solo hecho* de educion y *dos séres* términos de la misma: el uno como de quien ella principia, se origina ó procede, y el otro como á lo que resulta de ella, en lo que concluye ella, y sobre lo que ella recae; y si nos esforzáramos en prescindir hasta donde es posible del defectuoso lenguaje de los humanos, creo

que nos expresariamos bien si dijéramos que se trata de dos séres de los que fatalmente el uno se nos presenta como el único principio de actividad trascendente y el otro nos es presentado como objeto de pasividad final y necesariamente relativa.

Así analizada esta materia, desde luego puede y debe notarse, que aquí no hay eso que llaman racionios, inferencias ni hipótesis ó suposiciones, es decir, que aquí no hay adivinanzas pretensiosas rodeadas de misterios fingidos é importunos: en todo esto nada pasa que sea extraordinario y no sucede sino lo que sucede al adquirir un conocimiento cualquiera. Comunes y corrientes nociones objetivas en concurrencia con nociones conceptivas. En las primeras se nos dan los objetos de la naturaleza y si con solo ellas contáramos tendríamos *nada mas* que lo que en ellas se nos revela, el mundo físico y el metafísico, los cuerpos y los espíritus. Pero verificadas ellas, vienen las conceptivas sublimes y con ellas mismas se verifican simultáneamente, ó se verifican solas, pero de cualquiera manera que sea, estas conceptivas nos repiten ó vuelven á presentar ese mundo físico ó metafísico, mas en su estado potencial ó *eminente*, y nos lo repiten en el acto de estar siendo educido por su Causa infinita, y por lo mismo en consorcio esas conceptivas con la otra conceptiva en que se nos da la tal Causa. Disímbolo, como es, el carácter de conceptivas y objetivas, convienen sin embargo en que todas son fatales en nosotros, *son operadas* en nuestro YO, y en tal caso nuestro YO es verdaderamente *pasivo*: no hay otro modo de instruirnos sobre todo lo que podemos serlo.

¿En dónde está pues, la antinomia? Verdaderamente la antinomia es de aquellos que con una inconsideracion muy ajena de todo el que se precie de filósofo, y sin hacernos el honor de explicarnos por qué; nos aseguran como una cosa evidente que ó es infinito el poder de la Causa primera y debe producir efectos infinitos, perfectos, ó es finito para que produzca efectos finitos como él. Ciertamente, yo no sé en qué podria fundarse este acer-

tijo ridículo si no es en que, lo perfecto produce lo perfecto, y lo imperfecto no es producido sino por lo imperfecto; pero hé aquí una combinacion aérea de palabras huecas y con pretensiones al título rimbombante de *principio*. Palabras huecas, digo, porque aquí todo lo que hay es que ellas ocurren juntas y son tomadas por su lado análogo, y así, por su semejanza, como que aparecen armonizadas y se establece una especie de simetría forzada, amenerada, pero deslumbrante, á lo ménos para aquellos cuyo talento se acerca mas á la fantasía. En efecto, atribuir al infinito-educador lo que solo es propio del finito educado, y á éste el carácter que es exclusivo de aquel, es pagarnos de puras palabras, es hablar y nada decir ó expresar, es hacer uso de locuciones tan disparatadas como las metáforas apenas disimulables en la boca de los poetas cuando nos hablan de mares de amarguras, océanos de delicias, etc., es en fin, incurrir en *contrasentidos* ininteligibles por supuesto. Eso de que el educador debe ser educado, y de que el educado debe ser educador, es decir, eso de que el sér infinito ó perfecto deba estar limitado á ser *efecto*, y de que el sér finito ó limitado siempre á su carácter de efecto, deba ser causa, es cosa que jamás se entenderá. Ni entenderlos otros ni entenderse á sí mismos, tal es precisamente el caso en que se encuentran los que quieren un Dios infinito, solo á condicion de que les crie un mundo infinito, y que solo admiten este mundo finito bajo la condicion de que su criador tambien lo sea: para que lo blanco sea blanco, es necesario que sea negro, vaya una locura rara! No hay pues, que extrañar el que los trascendentalistas vengán á concluir que el mundo es independiente y eterno y sin comenamiento, cuando han partido del rumboso dilema ó Dios es infinito y produce efectos infinitos, ó es finito y los produce imperfectos; pues que el tal dilema no es mas que un galimatías, una hojarasca, un contrasentido del que no pueden salir mas que antinomías. Yo por mi parte concluyo, que no hay razon para concluir que el mundo es eterno, apoyándose en la naturaleza del poder de la

Causa primera, pues para ello es necesario un triste abuso de nuestras facultades mentales.

Abusos intelectuales de esta misma clase, son los únicos que pueden extraviar á los de razon débil hasta el grado de hacerlos creer en que ó Dios tiene un poder infinito que no ejerce sino limitadamente, ó que hay algo que estrecha á ese poder infinito para que se desarrolle de una cierta manera que no debe ser excedida. En efecto, el poder es ni mas ni ménos la accion inteligente: prescídase ó de la accion ó de la inteligencia que la determina, y en el mismo hecho se prescinde ya del poder. Pues bien; en nuestro pobre lenguaje siempre sujeto á las abstracciones que á veces tanto nos engañan, esa misma accion es la que lleva el nombre de ejercicio del poder, y este ejercicio del poder es netamente la patentizacion á nosotros del tal poder. Así pues, cuando se ha quitado, cuando hemos prescindido de la accion que esencialmente constituye ó que es el mismo poder, del ejercicio del poder, de la patentizacion del poder ó acto en que nos es revelado, preguntado yo ¿qué es lo que queda? evidentemente nada. Por lo mismo nada vemos, nada entendemos, palabras que por contrapuestas se destruyen recíprocamente en su sentido, aparecen á nuestra inteligencia, la dominan, nos acobardamos, y por nuestra apatía, quedamos hechos el juguete de las ilusiones. En una palabra, decir que Dios tiene poder infinito ejercido limitadamente es hablar y no decir, porque es asegurar que tiene un poder infinito que es finito.

Ahora, en cuanto á esa otra dificultad que se ofrece á los que no pueden ó no quieren pensar sériamente en esta materia que es la de mayor importancia, digo que reconoce por origen esa misma ciega propension á las abstracciones para ver entidades ó séres cuando no hay mas que palabras. Tratándose del objeto que se quiera ¿no es el mas solemne despropósito reputar como otros tantos séres, los diversos aspectos bajo los cuales se nos presenta ese mismo objeto? Pues tal es la conducta de los que consideran